

Respecto á la *Real cédula*, publicada en el primer *Apéndice*, la encontramos muy interesante, por explicar los motivos que se tuvieron en el siglo XVI, para no dejar imprimir la obra del P. Sahagún, y nos vamos á tomar la libertad de reproducirla íntegra. Dice así:

“EL REY.—Don Martín Enriquez, nuestro Visorrey, Gobernador y Capitán General de la Nueva España, y Presidente de la nuestra Audiencia Real della. Por algunas cartas que se nos han escrito desas provincias habemos entendido que Fr. Bernardino de Sahagún de la Orden de San Francisco ha compuesto una Historia Universal de las cosas más señaladas desa Nueva España, la cual es una computación muy copiosa de todos los ritos, cerimonias é idolatrías que los indios usaban en su infidelidad, repartida en doce libros y en lengua mexicana; y aunque se entiende que el celo del dicho Fr. Bernardino había sido bueno, y con deseo que su trabajo sea de fruto, ha parecido que no conviene que este libro se imprima ni ande de ninguna manera en esas partes, por algunas causas de consideración; y así os mandamos que luego que recibáis esta nuestra cédula, con mucho cuidado y diligencia procuréis haber estos libros, y sin que dellos quede original ni traslado alguno, los enviéis á buen recaudo en la primera ocasión á nuestro Consejo de las Indias, para que en él se vean; y estaréis advertido de no consentir que por ninguna manera persona alguna escriba cosas que toquen á supresticiones y manera de vivir que estos indios tenían, en ninguna lengua, porque así conviene al servicio de Dios nuestro Señor y nuestro. Fecha en Madrid á 22 de Abril de 1577.—Yo EL REY.—Por mandado de S. M., ANTONIO DE ERASO.—Y señalado de los Sres. Licdo. Otálora, Santillán, Espadero, D. Diego de Zúñiga, López de Sarria. [*Una rúbrica.*]”

Como se ve, por el ligero resumen que hemos hecho en las anteriores líneas, el nuevo tomo de la “Colección de documentos para la Historia de México,” contiene escritos verdaderamente importantes, y con su publicación, el Sr. García Icazbalceta, ha prestado un servicio inapreciable á nuestra historia.

## LA CALANDRIA.

[*Continúa.*] .

### VII

Entre los admiradores de la cantadora, estaba el monago de Santa Marta.

Angelito era un muchacho de trece años, listo, precoz, malicioso, travieso. Procedía de una honrada y antigua familia de artesanos, un tiempo muy acreditados por su habilidad en el arte de San Crispín, y sobre todo, por puntuales y exactos en el cumplimiento de sus compromisos, cualidad rarísima entonces y justamente merecedora de los favores del público. Todos los Jiménez eran cristianos á carta cabal.

Los caprichos de la fortuna y los progresos mercantiles dieron al traste con su fama y les quitaron la parroquia; pero ni estas desgracias, ni las ideas y usos modernos fueron parte á debilitar en ellos un ápice la fe vivísima y la piedad ardiente, características de su antiguo linaje, y, como sus padres y abuelos, seguían alistados entre *Terceros* y *Servitas* y afiliados á la hermandad de la *Vela perpétua*.

Dos generaciones de Jiménez vieron como cosa propia la mayordomía del *Señor de las Tres Caídas*, lo mismo antes que después de la desamortización de los bienes de las manos muertas. Cuando á otras harto vivas pasaron las casas que un antiguo cosechero de tabacos legó, *in extremis*, para el culto de la venerada imagen, y la ley anuló las expresas y terminantes voluntades del testador, Don Jesús Jiménez, el maestro Don Chucho, como entonces le llamaban, abuelo materno de Angelito, no se dió por vencido y declaró que no le arredaban las penurias de la mayordomía, y que mientras hubiera quien de su mano se calzara y no se acabaran en el mundo las pieles y la suela, no faltarían á la imagen su lámpara diaria, su función clásica el tercer viernes de Cuaresma y su procesión lucida y solemne el Martes Santo. Y lo cumplió. A fuerza de economías y privaciones los cultos fueron mejores y más brillantes que en otro tiempo. ¡Qué altar y que adornos! ¡Qué túnicas tan bordadas y ricas estrenó el Nazareno! ¡Qué funciones aquellas, tan bien dispuestas, las que hizo el maestro Chucho! Y ¡qué paso aquel del Martes Santo! Con legítimo y fundado orgullo solía refe-

rir el monaguillo las glorias de aquella procesión, cuyas magnificencias memorables habían llegado hasta él, con otros muchos sucesos, conservados por la tradición doméstica. Aquella procesión sobrepasaba á las de otras mayordomías, y sólo era inferior, y eso no siempre, á la que salía el Viernes del templo de Santa Marta, costeada por un caballero muy renombrado y opulento. A la procesión de los Jiménez no faltaban los grémios con sus ángeles de ancha y esponjadísima veste y sus largos mantos, á los cuales servían de caudatarios niñas y niños; las unas de *palomas*, envueltas en largos velos de gasa, y los otros de *frailecitos*, muy rapados y orondos, ostentando el hábito de todas las órdenes monásticas habidas y por haber en ambos mundos.

Aquello sí que era bueno: tras los acólitos que llevaban la cruz alta y los ciriales, iba el mayordomo con el estandarte de la cofradía, y en seguida, entre dos hileras de invitados, los ángeles anónimos de ahuecado tonelete, adornados con aljófares y brocados y lentejuelas con penígeros turbantes y alas salpicadas de moñitos de mil colores. Después, los Arcángeles: San Miguel, con su bastón de Juez de lo Civil, San Gabriel con su ramo de azucenas, y San Rafael, que sobre la rica veste endosaba la esclavina del peregrino, exhibiendo un pescado sonante como una sarta de cascabeles. Los caudatarios marchaban en formación promiscua, *palomitas* y *frailes*. Unas con su velo de tul y sus coronas de rosas; los otros luciendo el hábito azul del franciscano ó el escapulario blanco de San Juan de la Cruz, el traje mixto del dominico ó el sayal pardo de los menores. Estos con ramilletes, aquellos con picheles llenos de agua de olor; las *palomas* con sendos canastillos de flores deshojadas, y al fin, rodeado de las mujeres más bellas de los gremios, el *Señor de las Tres Caídas*, en el cual fijaban los espectadores sus miradas con mayor interés.

Media ciudad podía dar testimonio de la magnificencia de aquella procesión.

Las andas en que estaba colocada la imagen pesaban tanto, que apenas podían con ellas doce cargadores. Eran de cedro, magistralmente tallado; ocho columnitas doradas, de graciosa esbeltez, sostenían un palio purpúreo en cuyas orlas brillaban primorosamente bordados los instrumentos de la Pasión. A cada lado cuatro grandes faroles de hojalata, coronados con garzotas de vidrio, azules, amarillas, rojas y blancas, dentro de los cuales ardían, por lo menos, seis codales de purísima cera.

La peana dorada, simulando una nube, atraía todas las miradas: parecía un gigantesco merengue de circunvoluciones caprichosas, suaves y gallardas. En torno de ella los Jiménez, con mano cuidadosa, colocaban grandes, antiguos y valiosos jarrones de porcelana, con primorosos ramilletes de papel plateado, interpolados con guarda-brisas, muy hermosas, que daban al conjunto un aspecto maravilloso. De esas guarda-brisas ya no hay, ni para un remedio.

La estatua era obra de un afamado escultor guatemalteco, y con esto queda dicho todo. ¿Quién no tiene noticia de los escultores centro-americanos que proveyeron, por mucho tiempo, de imágenes, templos y monasterios de Nueva España?

El Nazareno había sido representado de rodillas, rendido al peso de la cruz; la una mano apoyada en un canto crudelísimo, tinto en sangre, mientras con la otra sostenía el madero afrentoso.

Dulce y dolorido rostro; fisonomía resplandeciente con los fulgores divinos; ojos bañados en llanto de perdón; mirada inefable y misericordiosa; mejillas pálidas, con la palidez del moribundo; los pómulos lastimados hasta dejar asomar los huesos, y los labios secos por la sed y el dolor. El artista economizó en la Imagen sangre y cardenales é hizo gala en el rostro de una expresión que movía á penitencia y llegaba á lo más íntimo del alma.

¡Esas sí que eran procesiones! ¡Qué de gente! Todos los gremios, todos los sacerdotes, muchas señoras ricas, de saya y mantilla. ¡Y que música! ¡Esas sí que eran marchas religiosas! Don Chucho se preciaba de que en su paso no repetían los filarmónicos una pieza; él no lo permitía, y para eso, con tiempo, avenía voluntades, restablecía la armonía, siempre alterada, entre los hijos del divino arte, y les pagaba *hasta las ganas*. Con tres meses de anticipación ponía en manos del director el repertorio de la cofradía, repertorio antiguo, es cierto, pero muy selecto y devoto, [seis ó siete marchas sagradas] aumentado á instancias de un trompista innovador, con la de *Yone*, que no era muy del gusto del piadosísimo mayordomo, enemigo de novedades y reformas.

A fuerza de oír en casa todas estas cosas, Angelito se las sabía al dedillo y suspiraba por aquellos tiempos de bendita fe y de religioso entusiasmo. Entonces sí que había semana Santa; ahora todo era tristeza y matraqueo.

Con qué gracia ante un grupo de amiguitos boquiabiertos y atónitos,

refería el monaguillo aquellas magnificencias que eran otros tantos timbres de gloria para la familia Jiménez, de la cual había venido á ser Angelito el último y más vigoroso vástago.

La madre del chico, viuda de un talabartero llamado en vida Pedro Vázquez, y después de muerto "tu padre" ó "mi difunto," según el caso, conservaba fielmente la tradición religiosa de la familia, y todo su anhelo habría sido que Angelito alcanzara á gozar de tiempos tan buenos como los que á ella le habían tocado, si más altas esperanzas no se abrigasen en aquel corazón maternal.

Siempre desearon los Jiménez que uno de la familia vistiera la sotana; pero el Señor no quiso concederles tanta dicha. ¡Qué gran día para ellos, aquel en que un Jiménez cantara su primera misa en el altar del Nazareno!

Algunos, que por su buena cabeza habrán podido llegar á los altares, se vieron obligados á dejar la naveta y el roquete por la chaira y el crote; otro, abandonó el cirial por la espada y murió peleando á las órdenes de Osollo; y uno en vísperas de ser trasquilado por las episcopales tijeras, en Puebla, y en pocos días, sucumbió víctima de horrendo tabardillo.

En Angelito estaban cifradas las más risueñas esperanzas de la familia Jiménez, ya muy mermada y en finiquito, y de más á más, pobre y casi miserable. Pero *Nuestro Padre Jesús*, remediaría todo, y entonces, el ahora solícito monago subiría al altar con planta trémula, para ofrecer la hostia inmaculada.

El maestro de la "Escuela de la Purísima Concepción de María Santísima," á cuyos cuidados y ciencias estaba confiado el niño, para que de sus doctos y piadosos labios aprendiera las primeras letras, en las horas que le dejaban libres sus deberes eclesiásticos, se quejaba grandemente de Angelito, y, reclamando por su puntual asistencia á la escuela, solía decir á la madre:—"Doña Salomé..... el muchacho no es tonto: en un santiamén se aprende la lección, pero con tantas faltas no sacará buey de barranco."

La madre no se descorazonaba; volvía á la casa, ajustaba cuentas al chico, le daba una tunda y le recordaba, bañada en llanto, las virtudes de sus abuelos y su amor á la Iglesia, y luego, á solas, pedía á Dios que le hiciera entrar en vereda y le inspirase vocación religiosa. Como el P. González distinguía al monago, manifestándole mucho afecto, Salomé esperaba que, merced á la intervención del Vicario, á vueltas de

pocos años, Angelito ingresara al Seminario de la Diócesis, para salir de allí hecho un presbítero.

Ya se figuraba la excelente madre ver al hijo de sus entrañas, vestida la sotana de seda de las grandes fiestas; ora, predicando en el púlpito de Santa Marta un sermón atiborrado de latines y repleto de Santos Padres; ora, entonando, en el altar del amado Nazareno, un *gloria in excelsis* á cuyo eco retemblaran las bóvedas y vidrios del sagrado recinto. Y en sus piadosas fantasías, la buena madre, se deleitaba imaginándose los pormenores de la misa nueva, con todas sus bellezas y ternuras, al fin de la cual, cantado el *Te Deum*, iría ella, con envidia de todas las madres, á arrodillarse delante del joven levita para besarle las palmas recientemente unguadas. Pensando en esto se le llenaban los ojos de lágrimas y la voz se le anudaba en la garganta. Hasta llegaba á decidir, *in pectore*, quienes serían los padrinos del cantamisano; los seglares, se entiende, porque el padrinzgo eclesiástico correspondía por derechos, de gratitud y honor, al P. González, protector del flamante sacerdote, así como al Illmo. Señor Obispo de la Diócesis.

Pero Angelito no llevaba trazas de asentar cabeza. Cuando no tenía en la Iglesia vísperas, misa ó distribución, en vez de ir á la escuela, como lo deseaba el celoso maestro, ibase calle arriba, hacia los ejidos próximos y á los cerros cercanos, en busca de *mayates*, lindos y tornasolados coleópteros, si era tiempo de guayabas; á caza de nidos de primavera y verdines, en Marzo y Abril; á cortar *popotes*, en Noviembre; y en días calurosos, á la presa de una fábrica, para nadar y zabullirse alegremente; ó, lo que era peor, á las dehesas de una hacienda distante, á montar becerros y sacar vueltas á los toretes, porque el chico mostraba más afición á la tauromaquia que al estado eclesiástico. Y tal, y tan viva que muchas veces, revestido con el manto de grana y la blanca y encarrujada sobrepelliz, que á diez varas trascendía á liquidambar, asistiendo de rodillas y cirial en mano, á los oficios divinos, si con el cuerpo estaba en el templo, con la mente andaba por la Plaza de Toros. Como el coso no distaba mucho de la iglesia, y hasta ésta llegaban, turbando el recogimiento de los fieles y la elocuencia del orador, los alegres ecos de la música y el vocerío frenético de la multitud taurofíla, más de una ocasión, Angelito, á la hora de reservar, ido y embobado, no acertaba á tocar á tiempo la campanilla, fijo como estaba su pensamiento en el toro muerto y en el matador triunfante, que á paso lento y donairoso, bajos el estoque y la muleta, cruzaba el ruedo pa-

ra dejar los trastos, saludado por el entusiasmado concurso; siendo necesaria una reprensión del preste para sacarle de su arrobamiento profundo.

Las vecinas del patio de San Cristóbal le odiaban á muerte, por las maldades y fechorías con que las tenía acosadas. Si se descuidaban echaba á volar los pajarillos que en jaulitas de caña alegraban con su canto el amplio caserón; maltrataba á los gatos regalones, tomándolos del rabo y hondéandolos por alto; ataba latas ruidosas á la cola de los falderillos mimados; manteaba con una cuerda á los sabuesos del militar, ó ensayaba en ellos, con las garrochas de los *tendederos*, sus habilidades de picador.

El sacristán de Santa Marta le detestaba también. Diariamente recibía el capellán quejas y más quejas contra el granuja; pero nada valía. A todo contestaba compungido ó con una respuesta aguda, convirtiéndose en cariñosas risas los enojos del clérigo.

Siempre, acabada la misa, se llegaba el sacristán, diciendo:

—Padre, que Angel así..... que este muchacho así! ¡Que hizo, que tornó!

—Ten paciencia, hijo;—contestaba el clérigo, un anciano sapientísimo y amable,—ten paciencia: así era de niño el buen P. Rivadeneira y San Ignacio le sufrió todo con santa calma, esperanzado en que el pilluelo llegaría, con el tiempo, á ser honra de la Compañía, y lustre y gloria de las castellanas letras. Así era también Fr. Luis de Granada: un pillastrín que traía revueltas calles y plazuelas. Ten paciencia que acaso este pícaro escriba más tarde otro "*Cisma de Inglaterra*" y otra "*Guía de Pecadores*."

Y volviéndose al chico y tirándole suavemente de las orejas le decía, entre serio y risueño:

—Sé bueno muchacho, sé bueno. Mira: hay santos de todas clases, profesiones y oficios; hasta soldados y cómicos, menos acólitos. Procura ser bueno para que luzcas, el primero, en los retablos, el manto rojo y el roquete del monaguillo. Toma este medecito nuevo por la misa que me acabas de ayudar, y vete con Dios!

El sacristán, á pesar de su evangélica mansedumbre se quedaba rabiando.

A la verdad que el chico era insufrible: se robaba las velas para poner altaritos en su casa; se comía las hostias, si el sacristán dejaba á mano la cajita, y ¡horror! en la misa de madrugada, cuando había po-

cos fieles en el templo y la obscuridad favorecía sus designios, en el breve espacio que el sacerdote tardaba en ir, después del lavatorio, del lado de la Epístola, al centro del altar, para decir al pueblo: "*orate fratres*," Angelito dejaba caer el manotejo y metiendo la cabeza por bajo la credencia, desayunaba con el vino de las vinajeras.

Por lo demás Angelito era bueno, sumiso y servicial, y el capellán de Santa Marta, lo mismo que el P. González, se hacía lenguas de la diligencia y acierto con que desempeñaba cualquier encargo. Remedaba á los predicadores con pasmosa exactitud, y en sus juegos eclesiásticos, ante un concurso de granujas y pilletes, predicaba unos sermones que revelaban talento y prometían mucho. Los buenos eclesiásticos se encantaban con el chico cuando le oían imitar á cierto orador sagrado muy célebre y popular, exclamando con acento vibrante y atropelladas frases.

—"*¿Adónde vamos á parar?..... ¿Adónde católicos? ¡Al caos, á la disolución, á la barbarie! ¡A la barbarie sabia que es la peor de todas! ¡A la barbarie de las ilustraciones del siglo; al abismo horrendo en que caen las sociedades que se olvidan de Dios!..... Pero..... invoquemos la intercesión de María; de su divino Hijo las bondades, y del Eterno Padre las misericordias infinitas.*".....

Los clérigos celebraban y aplaudían, riendo á mandíbula batiente, las irrespetuosas parodias del granuja y terminaban por darle una sopa de espeso y fragante Soconusco y una docena de consejos.

No había remedio. Aquel niño era la piel de Judas. Ni el sacristán, ni las vecinas, podían ajustarle la cuenta; éstas porque el chico sabía escapar á tiempo; aquél por las incalificables tolerancias del bondadoso capellán.

## VIII

Aquellos amores iban viento en popa.

De nada valieron á Doña Pancha la experiencia y la malicia de que hacía alarde á cada momento. Delante de la quintañona los amantes se trataban familiarmente, como dos amigos de confianza, como dos hermanos, con afecto desinteresado y natural. Ni una miradilla apasionada, ni una palabra cariñosa que pudiera delatarlos.

La vieja se decía:—"A mi no me la pegarán! ¡Mucho ojo Francisca, mucho ojo! No estará por demás que pongas en juego tu malicia. No

te la darán: acuérdate que amor, dinero y pesares son como las guayabas, no pueden estar escondidas.

Yo no digo que Gabriel sea malo, no; pero al fin es, como todos, de carne y hueso, también tiene alma y no le corre atole por las venas. La muchacha está bonita, de rechupete, como dice ese deslenguado de Tacho, y es natural que le guste á mi hijo. Que le guste está bueno, yo no me opongo; pero nada de enredos, nada de enreditos, no señor, eso sí que no. Buenas cuentas le daba yo al Sr. Don Eduardo. Y bien visto puede que á Gabriel le conviniera la muchacha. Es limpia, trabajadora, vamos, muy mujer. Harían buena pareja. Ella es linda como una rosa, y él tan bien parecido. ¡Lástima que Carmen sea así, tan alzada! Sí, porque, eso sí, es muy alzada. Siempre con que si su hermana es la más bonita; con que su padre es muy rico, y que ella es muy decente..... y esto sí que no me cuadra, no me cuadra, no me cuadra. ¡El día que yo vea algo se arma la de Dios es Cristo!.....Más, pensándolo bien, con todo y lo fantansiosa que es, si Gabriel la quisiera y Carmen al muchacho, todo se podía arreglar. Ese señor es muy rico..... yo no quiero que le deje herencia, ¡qué le ha de dejar! pero podría si eso fuera, proteger al muchacho; Gabriel ya sabe el oficio; como que se pinta para trabajar, y Don Eduardo podía armarlo, darle trabajo, protegerlo, ponerle una carpintería con todo lo necesario. Así Gabriel trabajaría en su casa. Lo que sí sería muy malo era que fuésemos á salir con una barbaridá; con que aquí están las velas. Francisca, mucho ojo, acuérdate que entresanta y santo pared de cal y canto.”

Las vecinas tampoco se habían dado cata de ello. Por más que observaban con finísima suspicacia todas las acciones y pasos del ebanista y de la huérfana no habían podido pescarles ni tanto así. O todo era mentira y calumnia ó los amantes andaban muy listos. Sin embargo, el monaguillo aseguraba que una noche, al volver de los maitines de Santa Marta, vió al carpintero conversando con la Calandria, en la puerta que daba á la calle. — “¡Vea vd! — decía una— ¡qué escándalo!” — “¡Fíese vd. de las mosquitas muertas!” Podían ser embustes del chico que se pintaba para decir mentiras y contrapuntear á las comadres. Para aclararlo todo, Petrita ofreció andar lista: á ella le era fácil, porque vivía pared de por medio. Paulita prometió hacer otro tanto. Salomé juraba y perjuraba que si Angel lo había dicho, cierto sería.

El monaguillo decía verdad. Una noche, al llegar, vió que en la puerta del cuarto de Carmen estaba un bulto, un hombre envuelto en un

sarape y con el sombrero hasta los ojos; por el cuerpo: Gabriel. Angelito no afirmaba que fuese el ebanista: bien podría ser otro.

Era el mancebo, pero esa vez hablaba con Doña Pancha, y no había motivo para escándalos y murmuraciones.

A media noche, cuando ya la quintañona estaba en el tercer sueño, roncando como un sochantre, llegaba el mozo, daba un toquecito y la Calandria acudía al llamado del amartelado doncel. Este no se recataba de los transeuntes, salvo en el rarísimo caso de que algunos de los vecinos del *patio* anduvieran de paseo y no estuvieran ya en casa.

Para evitar un chasco, antes de ir á acostarse, recorría el caserón, preguntando por todos, conversando aquí, allá y acullá, con éste ó aquellas, y, pasada la revista, que terminaba en el portal, donde echaba el último párrafo con el portero, al cual ofrecía un buen puro, se despedía de Doña Pancha y de la huérfana.

Las habitaciones de éstas estaban contiguas al cuarto de Gabriel, de modo que la comunicación era muy fácil para los *tórtolos*, por las puertas exteriores.

Lloviera y tronara, fuera la noche clara ú oscura, — y el verano es muy lluvioso en aquellas regiones montañosas— no importaba, estaban á un paso, y Gabriel no faltaba á la cita. Entrevistas sigilosas y sobresaltadas, tan dulces como llenas de inquietud, inocentes como las de dos niños que juegan á los novios.

Ella de pié, casi en el umbral, abierta media hoja de la puerta; él por de fuera, embozado hasta los ojos, como un galán de Peón Contreras, recelando de los transeuntes y atento á los menores ruidos del interior, sin atreverse siquiera á estrechar las manos de la huérfana, manos de lavandera, suaves y tersas por el uso diario de la legía.

Amados instantes de libre plática, cuyo recuerdo alegraba las eternas horas del día; para ambos breves como un suspiro.

—Véte Gabriel; yo no quiero que te vayas, pero piensa que tienes que trabajar mañana. Luego te estarás cabeceando en el taller.

—¿Tienes sueño?

—No. ¿Y tú?

—Yo no. ¿Sueño cuando estoy junto á tí? ¡Si no siento las horas! ¡Se me hacen tan chicas! Largas..... las que paso en el trabajo. Si no fuera porque estoy pensando en tus ojitos.

—Veniste á las doce y van á dar las dos..... ¡Cállate!..... Oí ruido..... No, no es nada..... creí que alguno venía.

—No temas..... todos duermen. Si tú vieras: toda la tarde estuve pensando en tí. Ya te dije que estamos haciendo un tocador muy bonito, de nogal, con su cubierta de mármol aconchado, y un espejo..... ¡qué espejo! Al colocarlo esta tarde pensaba yo en tí. Como el otro día me dijiste que tenías antojo de un buen espejo, pensaba yo: "Así quiero otro para Carmelita." Cada vez que me miraba en él, me parecía que iba yo á verte allí. ¡Qué luna! ¡Clara y limpia como el agua más pura! El día que yo trabaje por mi cuenta tendrás uno así. Son caros..... sobre todo los hiselados; pero ahorrando podremos comprar uno, no muy grande..... ¡para qué tanto! Te haré un tocadorcito, sencillito, de buena madera, con una luna de esas gruesas, en que se ve uno muy adentro, muy adentro. Cuando uno quiere á una persona, como yo á tí, todo nos parece poco para ella. Ya verás, entonces, cuando menos te lo esperes, te doy la gran sorpresa.

—Y hasta bailaré de gusto al verlo. Lo colocaré frente á mi cama y diré: "él me lo hizo y por eso le tengo tanto cariño." ¿Quiere uno mucho las cosas que le dan las personas que nos tienen estimación, no es verdad? El guardapelo que te enseñé el otro día me lo regaló mi padrino, el comandante; por eso lo quiero mucho, y lo cuido tanto.

—Verás que casita te pongo, chiquita: pero muy bien arreglada. ¡Ni la de Ramón Pérez! Y eso que él gana mucho..... ese oficio deja harito. Cada año va á la Costa; lleva frenos, estribos, sillas, ¡de pacota! y todo lo vende muy bien á los jarochos que van á las fiestas. No creas, también en la carpintería se gana la plata. Ya ves al maestro, está rico: tiene casa propia; se trata bien: cada rato va á México..... Y ¿de dónde sale todo eso? ¡Pues del taller! Para eso estamos allí nosotros, pegados al banco y al torno, duro y duro con el formón. Yo también ganaré así dinero, el día que trabaje por mi cuenta..... Tú, en tu casita, cuidándolo todo; yo, en el taller, trabajando recio para que nada te falte. Pero ¿me has de querer mucho, mucho, mucho?

—Sí, Gabriel; más, mucho más que tú á mí.

—¡Eso sí que no, Carmelita!

—¿No? ¡A que sí! No por interés, sino porque me quieres tú; no, ni por eso: sólo por quererte.

—¡Ay, Carmelita! Dicen que las mujeres olvidan á uno; que son muy variables; como el viento..... que ya sopla por aquí, ya sopla por allá. ¡Ojalá que siempre me digas lo mismo! Lo que es yo te quedaré siempre, lo mismo que ahoy.

—Y yo también, Gabriel..... ya te lo he dicho.

—Si pudiera, mañana me casaba contigo, pero.....

—Mira: ahí viene el sereno.

Sentíase ya el aire fresco de la madrugada y se percibían los mil rumores de la ciudad que se desperezaba. El guardián nocturno, ocultando la linterna entre los pliegues de su pesado capote azul, pasó lentamente, rozando al ebanista. Este saludó:

—Buenos días, vecino.

—Buenos días.....—contestó el sereno,— ya mero sale el sol.

—Ya mero, vecino,—replicó el mancebo, sonriendo alegremente.

—¡Vete, Gabriel!— dijo la huérfana—Ya empieza á amanecer.

—Espera, espera, que nadie nos corre. Dime, Carmelita, ¿te casarás conmigo?

—Sí..... ¿por qué no?

—Y tu papá ¿te dejará?

—¡Quién sabe! No hables de eso, Gabriel. ¿Para qué pensar en eso, cuando el día que nos casemos está tan lejos? No me hables de eso...

—Dime: ¿verdá que te gustaría más vivir con tu hermana, tratada como ella, vestida como ella, que es tan lujosa?

—No me digas esas cosas..... ya te lo he dicho. Si me quieres, dame ese gusto.

Gabriel, contrariado, se mordió los labios é insistió.

—¿Por qué siempre que te hablo de eso, no me quieres responder? Dime que sí; que sientes ser pobre y no vivir como ella, y no tener esos vestidos, y no ir á esos bailes de los decentes, como ella vá. El otro día, cuando pasamos por la casa de tu papá y nos detuvimos á curiosear el baile, me pareció que te pusiste triste al ver á tu hermana.....

—¡Y qué bonita estaba! ¿Te acuerdas qué vestido?

—Dímelo, dímelo, dimelo; y no te vuelvo á hablar de mi cariño, ni de mi amor, ni de nada..... seremos como antes. Yo acierto á comprender que cómo vas á quererme, siendo yo pobre.... un artesano....

—No seas cruel. Pobre te conocí, pobre te quiero y te he de querer. ¡Te debo tantos favores! ¡Cómo no he de quererte! Tu mamá me vé como á hija.

—Entonces me quieres por gratitud, ¿no es eso? Gratitud no más.... Yo no quiero así. Nada me debes; yo he hecho por tí lo que haría por cualquiera. Lo que hay en mi cariño, en mi amor para tí, eso no lo comprendes, ni lo estimas. Mira: yo haré por tí, Carmelita, cuanto tú